

Tensiones en el área económica atlántica

JUAN VELARDE FUERTES*

Este año del Centenario de Kant no es malo recordar que los mitos del Gobierno mundial y cómo organizarlo han existido desde muchos años atrás en el mundo occidental. Sin embargo, es lo cierto que nunca como hasta ahora se habían aproximado los pueblos en lo económico a esta situación anfictionica. Quedan ya lejos planteamientos relacionados con el ámbito de los constructores del derecho internacional; lo mismo podemos decir de lo que imaginaba Cobden sobre las consecuencias del librecambismo general; incluso ya se estudia, sólo como una

* Nació en Salas (Asturias) el año 1927. Licenciado en Ciencias Económicas en la Primera Promoción de esta Carrera. Se doctoró en ella con Premio Extraordinario en 1956. Catedrático, sucesivamente, de «Estructura Económica» en la Universidad de Barcelona y de «Economía Aplicada» en la Universidad Complutense de Madrid y en la actualidad profesor emérito de este último centro y de la Universidad San Pablo CEU. Académico de número de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Doctor «honoris causa» por las Universidades de Oviedo, Sevilla, Pontificia Comillas, Alicante y Valladolid. Medalla de honor de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo. Consejero del Tribunal de Cuentas. Premios Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales en 1992, Rey Jaime I de Economía en 1996, Premio de Economía de Castilla y León «Infanta Cristina» 1997 y Premio de Economía Rey Juan Carlos en 2002. Autor de numerosos ensayos científicos.

referencia escolar científica, las polémicas desatadas cuando el patrón oro dejó de existir, y se generalizaron los esfuerzos para que reapareciese. Todo eso es historia que, a efectos actuales, para poquísimos sirve.

Dígase lo mismo de todos los análisis económicos y planteamientos de reforma de las instituciones internacionales planteadas a partir de la I Guerra Mundial por la Sociedad de las Naciones. Salvo para los estudiosos, ¿tiene algún sentido sus debates sobre las barreras arancelarias, o los estudios que sobre la marcha de los ciclos económicos hicieron para esta institución ya Haberler, o ya Tinbergen, a pesar de su gran categoría?

El Estado moderno nace y muestra desde su aparición con claridad contradicciones insalvables con las grandes construcciones del derecho internacional, concretamente con el esquema de Grocio. Más adelante, la Revolución Industrial y su desarrollo económico, las Revoluciones políticas sucesivas, puritana, norteamericana y francesa —a nuestros efectos, la española de 1808, como acertó el conde de Toreno a definir la Guerra de la Independencia: *Guerra y Revolución en España*, así como la ciencia económica generada por los grandes clásicos, coexisten con otra transformación de igual amplitud, heredera de Rousseau: la revolución romántica, uno de cuyos frutos más sazonados es el nacionalismo en todos sus aspectos, incluido el económico de un Federico List y, por supuesto, el proteccionismo integral de un Schüller. Todo esto genera, en el siglo XIX con un triunfante proteccionismo generalizado, que el mensaje nacional-romántico, en lo económico, fuese que no había más remedio que enriquecerse a costa del vecino, en una

especie de planteamiento de suma cero. Esta es la verdad que se encuentra ya en Estados Unidos con Lincoln y el respaldo doctrinal de Carey, ya en Francia cuando Napoleón III y, por supuesto, la III República, consideran como atentatorio a todo lo que perturbe a lo que pasan a denominar «el fomento del trabajo nacional», y por ello hacen periclitar al Tratado Cobden-Chevalier, ya en una Alemania que resurge unida y que, con Hitler, sueña —como denunció entonces el profesor Piera Labra— con una Europa unida para esquilmarla mejor, y así sucesivamente. Todo el mundo es proteccionista, salvo el Reino Unido, y salvo, por ejemplo, un Perpiñá Grau en España. Nadie parecía enterarse de que ese planteamiento de suma cero había sido pulverizado en 1928 por un artículo de Allyn Young en *The Economic Journal*. Para concluir, como señala Harrod con escándalo en la biografía de su maestro Keynes, éste decidió aceptar el proteccionismo como salida ante la crisis de 1930.

Fue a partir de la II Guerra Mundial cuando idearon las cosas radicalmente de otro modo. En primer lugar, surgió la institución de las Naciones Unidas, doctrinal y polemológicamente opuesta a los nacionalismos que habían tenido su exacerbación máxima, unida a planteamientos racistas, con el nacionalsocialismo. Desde este nuevo talante, como consecuencia de la célebre reunión de Bretton Woods, se crearon, con designios mundiales, dos instituciones económicas importantes: el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. Pronto, exactamente en 1947, surgió, la Guerra Fría como consecuencia de una serie de tensiones provocadas por los partidos comunistas, y desde luego, tras el inicio de una fuerte contienda bélica en

Grecia encabezada por los kapetanos. Fruto de ella fue la aparición de la Organización Europea de Cooperación Económica (OECE). Simultáneamente se procedió a la liquidación de un viejo contencioso que se remontaba a la Edad Media, cuando el Imperio carolingio se disgregó entre Luis el Germánico, Carlos el Calvo y Lotario, y que en la época románticonacionalista ya había generado, como preludio bien significativo, la crisis de Beethoven frente a Napoleón —recuérdese, el cambio en la dedicatoria de la *Heroica*—, y que después, cuando el famoso *Mensaje a la Nación Aleman* de Fichte se concretó en las políticas derivadas de una Prusia regida por Bismarck, conduciría a las tres sangrientas contiendas iniciadas entre Francia y Alemania en 1870, en 1914 y en 1939.

Hay que recordar cómo Monnet, desde un punto de vista tecnocrático, comenzó a señalar lo absurdo de un continuo contencioso germanofrancés, a causa del control de los que habían sido los componentes esenciales de la primera parte de la Revolución Industrial, el carbón y el acero. A esas tesis, y separándose del nacionalismo francés subyacente en su correligionario del MRP, Bidault, se unió Schuman. Hay que entenderlo sobre la base de un catolicismo muy intenso de éste —el catolicismo es la negación del nacionalismo a poco que se ahonde en su cosmovisión—, así como de sus raíces familiares que le relacionan con una situación fronteriza, sucesivamente alemana, después francesa, con un interludio luxemburgués. Paralelo es el caso de Adenauer, quien, a más de un conato personal de defensa de un separatismo católico-renano, jamás había comulgado con el nacionalismo alemán que, incluso se había albergado en el Zentrum

alemán con von Pappen. Finalmente, en lo mismo comulgó de Gasperi. Desde el punto de vista familiar, éste, como hijo de un funcionario austriaco, nada tenía que ver con el Risorgimento, con Mazini, con Cavour o con Garibaldi y, lógicamente, nada con d'Annunzio o con Mussolini. Como católico, se vio obligado a optar en la pugna entre los Saboya y la Santa Sede. Doctrinalmente, sí se acercaba a Dom Sturzo, pero tenía plena conciencia de cómo el Partido Nacional Fascista, que era una fusión de grupos políticos, siendo uno de sus componentes un partido nacionalista, había perseguido al Partido Popular de éste. Así es como se gestó, con esos protagonistas, la CECA. Por supuesto tenía antecedentes orientados a una especie de administración mancomunada del carbón y del acero alemán. En su comienzo surgen los dos Comités, nacidos tras la aparición de la OECE: el del carbón y el del acero. Además, el 28 de abril de 1949 se había constituido por los anglosajones ocupantes, la Autoridad Internacional del Ruhr, con participación también de Bélgica, Francia, Holanda y Luxemburgo. Por cierto que la Reforma Monetaria alemana de 1948 aumentó de tal manera la producción de acero y de carbón, que esta Autoridad Internacional pasó a tener una vida lánguida.

Todo esto es lo que dio lugar, primero, a que se proyectase en la reunión de Wetminster, en abril de 1949, en una Conferencia Económica Europea, una especie de cartelización del carbón y del acero, propuesta por Ricard, un miembro influyente del Conseil National du Patronat Français. Es lo que técnicamente se encuentra, aparte de las influencias evidentes de Jean Monnet, de Pierre Uri, y de Etienne Husch, según señala

Achille Albonetti en *Prehistoire des Etats-Unis d' Europe* (1963), detrás de la famosa declaración Schuman de 9 de mayo de 1950. Ahora sabemos que hubo en ella mucho de golpe de mano de éste y de Adenauer. Pero el caso es que tuvo lugar y quedó así establecida por primera vez una realidad económica comunitaria. Jean Monnet, amparándose en esto titularía uno de sus libros, aparecido en 1955, *Les Etats-Unis d'Europe ont commencé*.

Por los lazos ideológicos señalados, a ese llamamiento de Schuman respondieron Alemania, Italia y el Benelux pero, como indica Ramón Tamames en *Formación y desarrollo del Mercado Común Europeo* (1965), «la reacción británica fue muy diferente. Frente a la idea de la Comunidad, el Reino Unido mostró en 1950 las mismas reservas que ya había mostrado antes frente a los proyectos de unión aduanera a escala de la OEEC y que pocos años después había de manifestar nuevamente al iniciarse el montaje del Mercado Común. Tras un largo cambio de notas diplomáticas en las que hizo valer su política nacional (la siderurgia británica había sido nacionalizada unos meses antes) y su posición como cabeza de la Commonwealth, el gobierno laborista de Londres sólo se comprometió a llegar a un acuerdo sobre medidas de coordinación con la nueva organización». En la Cámara de los Comunes, el primer ministro laborista Clement Atlee señaló: «No estamos dispuestos a aceptar el principio de que las fuerzas económicas de nuestro país estén en manos de una autoridad que es esencialmente no democrática e irresponsable».

Todo esto, que concluyó con el Tratado de París de 19 de marzo de 1951 de constitución de la CECA, pasó a generar las primeras tensiones con los Estados Unidos, pues este país, tras

el fracaso, a causa de la Guerra Fría, de la Organización Internacional de Comercio creada por la Conferencia de la Habana, había impulsado el GATT. Aquí es donde se iniciaron tales tensiones, porque la CECA ni era un país, ni en un grupo de países, sino un grupo de sectores. Al sumar a todo esto posturas ideológicas socialdemócratas, gracias, sobre todo, a Spaak, quien a su vez, en su exilio en Londres, había participado en esa especie de recreación del Flandes anterior a las guerras de religión, que pasó a denominarse Benelux, nos situamos en la Conferencia de Mesina, preludeo de la Comunidad Económica Europea.

Mas he aquí que alcanzamos el punto clave que va a explicar otra rivalidad más importante entre esta nueva institución y los Estados Unidos de América. En el año 1956, como consecuencia del arraigo creciente de las ideas del nacionalismo árabe, se había originado un conflicto realmente serio en Suez. Se había iniciado tal nacionalismo promovido por el mundo occidental —recuérdese a Lawrence— para derrotar al Imperio otomano, y se había reorientado en la II Guerra Mundial, e incluso antes, como consecuencia de la Declaración Balfour, en un sentido crecientemente antibritánico y antifrancés. El singularísimo estatuto de la Compañía Universal del Canal de Suez fue alterado de modo fulminante y unilateral por las autoridades egipcias. Todo esto provocó una intervención bélica francobritánica e israelí. La historia es bien sabida ya. Discutían en París Guy Mollet y Adenauer las posibilidades de que llegase a un buen puerto la aun *non nata* Comunidad Económica Europea. Las negociaciones parecían avanzar lánguidamente. En esto se avisa a Guy Mollet que tiene una llamada telefónica urgente del primer

ministro Anthony Eden. Sale a hablar con él y al cabo de un rato retorna encolerizado. Eden le ha comunicado que los norteamericanos presionaban diplomática, económica y militarmente de tal modo que tenía que concluir la intervención francobritánica. Se imponía un alto al fuego inmediato, un reembarque de las tropas y una retirada del Ejército judío. Eden le había advertido, además, que personalmente, como primer ministro británico, tomaba buena nota de que, en adelante, el Reino Unido no debía iniciar una operación política de alto estilo sin estar de acuerdo con Norteamérica.

Guy Mollet se sentó ante Adenauer y le dijo algo así como que era preciso no tener que aguantar más humillaciones por parte de los Estados Unidos, y que eso sólo se lograría con una Europa Unida. Por lo tanto, que frente a la potencia norteamericana debía surgir la potencia europea, y como esto únicamente podía conseguirse con la unión económica, era preciso emprender sin dilación el camino. Debían esfumarse mil planteamientos dilatorios y, así, culminar una fusión de las economías que salvaguardase las posibilidades de tener plena libertad de acción, sin vasallaje ninguno de la otra orilla del Atlántico. Como subrayó el profesor López Cuesta en un viejo y luminoso ensayo, *Problemas de la integración económica de Europa* (Ediciones de la Revista de la Facultad de Derecho. Universidad de Oviedo, 1958), para el que consultó fuentes francesas de entonces, ahí se encuentra la raíz del Tratado de Roma de 25 de marzo de 1957, bien pocos meses después del conflicto de Suez.

Pero todo esto tenía viejas raíces. Recordemos la *declaración Hoffman*. Paradójicamente, por lo que se acaba de indicar,

se había iniciado la marcha hacia la unión económica europea como consecuencia de la Guerra Fría, para que nuestro continente tuviese una reciedumbre mayor, todo bajo el amparo de los Estados Unidos. Como señala Ramón Tamames en su obra ya citada *Formación y desarrollo del Mercado Común Europeo*, el 31 de octubre de 1949 el norteamericano Hoffman, jefe de la ECA —Economic Cooperation Administration, una Agencia Federal de los Estados Unidos que era quien, con la OECE por parte europea administraba la ayuda Marshall— “habló —en términos muy claros y duros— ante el Consejo de la OECE: «Dos tareas tienen que afrontar Europa y la ECA, durante la segunda mitad del Plan Marshall... Europa tendría que equilibrar sus necesidades y recursos en dólares, lo que quiere decir aumento de las exportaciones y control de la inflación. Pero el cumplimiento de esta tarea no será significativa a menos que se cumpla la segunda tarea, la construcción de una economía de expansión en Europa occidental mediante la integración económica. En sustancia, esa integración sería la formación de un único y gran mercado dentro del cual desaparecerían las restricciones cuantitativas a la circulación de mercancías y las barreras monetarias a los pagos y eventualmente los aranceles podrían ser suprimidos para siempre»”.

Queda así bien claro que, para luchar contra la amenaza de la Unión Soviética, era absolutamente preciso que la economía europea, para aumentar su eficacia, se uniese, y eso lo impulsaron con fuerza los Estados Unidos. Cuando éstos contemplaban cómo el Secretario del Foreign Office avisaba en la Secretaría de Estado, en Washington, que Inglaterra declinaba intervenir

en la guerra civil griega porque ello supondría, no ya el dilema famoso de Göring —«Cañones o mantequilla»— sino «Cañones o pan negro», en Estados Unidos recordaban cómo, por aquel entonces, podía orgullosamente proclamar Paul A. Samuelson, futuro Premio Nobel de Economía, que ellos habían podido tener, durante la II Guerra Mundial, «Cañones y la vaca entera». La causa era el formidable, el enorme, mercado interior norteamericano, donde se originaban crecientes procesos de lo que llama Myrdal *causación acumulativa*, en este caso positiva.

Frente a ese impulso se alzó, como era lógico, tanto en la Unión Soviética como en el conjunto de los partidos comunistas, sus aliados, el famoso Movimiento por la Paz, que tenía como emblema la paloma de su correligionario, Picasso. Casi, a regañadientes, Moscú tenía que admitir que surgiese y se consolidase Alemania Federal, y que Berlín, como símbolo pudiese resistir, todo ello a causa del miedo a la posesión del armamento nuclear por parte de Norteamérica. De ahí que procurase que surgiese una oposición creciente a este armamento en el mundo influido por el comunismo, en la que militaban intelectuales de prestigio. Por ello, todo comunista tenía que oponerse radicalmente a la construcción europea, y aunque gimiese en su tumba londinense Marx, tenía incluso que apelar a sentimientos nacionalistas para intentar conseguir que el proceso de integración comunitaria se detuviese.

Como señaló Monnet, los Estados Unidos eran conscientes de que así impulsaban la creación de un gigante económico que podría hacerle sombra en los mercados, pero tuvo amplitud de miras para aceptarlo. Monnet, en este sentido ha de referirse a

la generosidad que en este sentido adoptó en la política de Washington. Pero de acuerdo con lo que acabamos de ver, esa luna de miel concluyó en 1956. También a partir de ahí, los famosos eurocomunistas mejor informados, dejaron de considerar que la Comunidad Económica Europea era un próximo pariente de Belcebú.

Gran Bretaña no había seguido el camino comunitario, sino el de la llamada Asociación Europea de Libre Comercio (EFTA). Detrás parecían estar los compromisos con la Commonwealth y el contenido de la declaración de Eden, quien tenía que percibir, de inmediato, cómo en la Comunidad Económica Europea había surgido algo así como el deseo de contender, no sólo en el terreno económico, sino en el político, con los Estados Unidos. Pronto los sucesos de Argel, el acceso del general de Gaulle al poder, y la cuestión del armamento nuclear francés —el asunto de la famosa «bombinette»—, aparte de crecientes tensiones entre la OTAN y Francia, acentuarían todo esto. Por eso resultaba bastante lógico que fracasasen las negociaciones que tenían lugar en el ámbito del Comité Maudling, y que Gran Bretaña iniciase otro camino junto con los tres países escandinavos, la neutral Suiza, la neutralizada Austria y un Portugal, cuyo dirigente supremo, Oliveira Salazar como ahora vemos a través de numerosos documentos, recelaba de las pérdidas de soberanía que en multitud de cuestiones podía imponerle a su país la línea de la Comunidad Económica Europea. La Declaración de Westminster, tras la reunión de las Federaciones de Industrias del Reino Unido y de Suecia, solicitando la creación para estos países de una Zona de librecambio, muy en la línea

de la política tradicional británica del siglo XIX fue el detonante de una marcha alternativa. De ahí procedieron las conversaciones que culminaron en el Convenio de Estocolmo. Así es como nació la EFTA que comenzó a funcionar el 15 de abril de 1960. Francia se negó en redondo a que su sede estuviese en París. Por eso se situó ésta en Ginebra.

No tiene sentido hacer la historia de la EFTA, pero sí indicar que eran patentes los especialísimos y crecientes lazos del Reino Unido con los Estados Unidos cuando Harold Macmillan declaró el 31 de julio de 1961, en la Cámara de los Comunes, que Gran Bretaña estaba dispuesta a solicitar su integración en el ámbito comunitario. A pesar de que se solventaban numerosas dificultades técnicas, todo parecía anunciar un rápido final para las negociaciones del ingreso británico, cuando todo lo detuvo el veto del general de Gaulle, convencido de que este ingreso, precisamente por los enlaces norteamericanos del Gobierno de Londres, significaba introducir un caballo de Troya que acabaría eliminando las posibilidades de movimiento independiente de la CEE y, por supuesto, de Francia, que, como señalaba por entonces Monnet, había pasado a ser el poder hegemónico en el ámbito comunitario. Había surgido ya por aquel entonces la idea de una zona atlántica de libre comercio, en el que participarían Canadá y, sobre todo, Estados Unidos. La idea era bien vista también por Irlanda, los países escandinavos y Portugal.

Los acontecimientos universitarios de 1968 provocaron, al cabo, la dimisión del general de Gaulle. Los aficionados a esa pintoresca y falsa explicación de la historia como algo derivado

siempre de conjuras, tendrían aquí mucho que decir, porque con la sustitución de éste por Pompidou en 1969, todo cambió. La verdad es que el conservador Edward Heath era un claro euro-peista, y aceptaba sin fisuras tanto el juego comunitario como que el control básico de la CEE continuase siendo el francés. El 22 de enero de 1972 juntamente con Irlanda, Suecia y Dinamarca —Noruega acabaría por renunciar—, concluyó este contencioso y, simultáneamente, se comenzó la negociación para que acabase surgiendo, como una gigantesca área europea de libre comercio la que abarcaría a la CEE y a la EFTA, con el nombre de Espacio Económico Europeo.

Las tensiones daba la impresión de que estaban dominadas. Además, en la Guerra Fría, los problemas soviéticos se acumulaban. Ahora sabemos que ante los avances tecnológicos norteamericanos aplicados a la defensa en relación con la exploración del espacio exterior, fue llamado el gran físico Basov a consulta en el Kremlin, para conocer si la Unión Soviética podía dar la réplica a los Estados Unidos. La contestación fue que, desde el punto de vista científicotecnológico, sí, pero por lo que se refería al coste económico, ello supondría una carga tal sobre el conjunto de los ciudadanos, que sobrevendría una notable crisis económica. A partir de ahí comenzaron las negociaciones que concluirían con la petición de paz por parte de Gorbachov a Reagan en la conferencia de Islandia.

Mientras tanto, en el ámbito comunitario tenía lugar la crisis del 15 de agosto de 1971, la del patrón de cambios oro-dólar que había nacido en Bretton Woods. La había planteado el presidente Nixon, como obligada reacción a la abundancia de dólares

generados sobre todo por la Guerra Fría. Una unión arancelaria nunca tiene sentido si las diversas monedas de esa unión pueden flotar libremente, y los diversos países son capaces de mover de forma dispar sus políticas monetarias y cambiarias. Sin resolver, pues, la cuestión del cambio, carecía de sentido creer que se progresaba con simples medidas de libre comercio. Quien había sido el primer Presidente de la Comisión comunitaria, el alemán Hallstein, había señalado que el mundo de la CEE debía caminar hacia una unión arancelaria, pero que ésta exigía, inmediatamente, una unión monetaria. Igualmente, el tener una unión monetaria debería comenzar a conducir a una unión política. Este cohete de tres tiempos de Hallstein comenzó a tantearse, en su segunda fase, primero con la *serpiente monetaria* y tras el fracaso de ésta, dentro de un clima de crecientes crisis cambiarias, con el Sistema Monetario Europeo. Su base fue oficialmente el *ecu*, pero en realidad, lo que resultó ser este Sistema era uno con un patrón real marco alemán.

Tardó mucho en integrarse la libra esterlina en el Sistema pero todo lo desbarató, en el fondo, el final de la Guerra Fría. Alemania decidió que los Länder orientales, que constituían un Estado miembro de las Naciones Unidas, la República Democrática Alemana, se integrasen en el conjunto nacional. Desoyendo los consejos de Bundesbank, el canciller Kohl impulsó la unión de estos Länder con diversos alicientes. El más importante fue la revaluación del marco oriental de modo estrambótico: multiplicándolo por 10, para beneficio de los tenedores que así lo cambiaron prácticamente en paridad con el DM. Si a ello añadimos una fuerte subida de salarios en la Alemania del Este

y el mantenimiento de una cultura económica de dirección central, era natural que una crisis económica se acabaría cebando en Alemania oriental y, desde ahí, en toda Alemania.

Para disponer de financiación adecuada y para impedir el hundimiento de la Alemania Oriental, tras fracasar, por lógicos motivos electorales, unas subidas de impuestos en la Alemania Federal, y al no existir ni asomo de que el Bundesbank pudiese amparar ningún tipo de solución inflacionista, no quedaba otro remedio que atraer fondos, incluso del exterior, subiendo de manera muy fuerte los tipos de interés. Ahí se encuentra la raíz de la crisis, muy importante, de 1993. Los diversos países, para mantener sus cotizaciones respecto al marco alemán, se veían obligados a incrementar también con mucha fuerza los tipos de interés, con lo que ingresaban en una situación de crisis económica severa. Aparte de otros motivos bien conocidos, la dureza de la crisis española 1992-1995, en eso reside. Gran Bretaña sacó bruscamente del Sistema Monetario Europeo a la libra esterlina. A Italia le pasó otro tanto con la lira, pero en cuanto pudo, reingresó en el SME. El Reino Unido, no. Consideró que el que dependiese de la buena o mala marcha de Alemania el que el SME decidiese llevar adelante una política u otra, no era tolerable. Y la libra esterlina no retornó al redil comunitario. Cuando, más adelante, surgió la Unión Económica y Monetaria, y con ella la zona del euro, la libra esterlina no quiso ingresar en ella, a pesar de reunir todas las condiciones de Maastricht.

Mientras tanto la política general británica, primero con Margaret Thatcher y, después con Tony Blair, continuó vinculándose

estrechamente con los Estados Unidos. Además, la liquidación total de la Guerra Fría produjo, desde finales de los años ochenta, que se consolidase el fenómeno de la globalización, que Irlanda creciese de modo espectacular y, por cierto, que, tras ella, y en el conjunto de los quince países comunitarios más Japón y Estados Unidos, el país de más fuerte progreso fuese España.

El 11 de septiembre de 2001 comenzó la que, cada vez de modo más generalizado, se denomina II Guerra Fría, esta vez al enfrentarse con el fundamentalismo terrorista islámico como principal enemigo. La Unión Europea, en su núcleo director, — Francia y Alemania —, no se siente amenazada, y por ello procura desengancharse de los planteamientos norteamericanos. Sin embargo, los países con intereses en el Mediterráneo, o en zonas islámicas, como es el caso de Gran Bretaña y España, pasaron a tener interés en el apoyo de los Estados Unidos.

De nuevo surgió, simultáneamente, la idea de recrear el área económica de comercio libre del Atlántico. No hace mucho se trató la cuestión en el *Financial Times*. Por otro lado, el conflicto de Iraq aceleró esta tensión entre las dos Europas. La del Mediterráneo teme al fundamentalismo, y la de la Europa oriental y el Atlántico, siente afecto por los Estados Unidos. En el libro de José María Aznar, *Ocho años de Gobierno: una visión personal de España* (2004) menciona con claridad lo que puede calificarse como su sueño: «La creación de una gran área económica y financiera occidental que incluye la Unión Europea y Norteamérica y que se hiciese realidad en 2015».

Las relaciones de nuestra nación con Iberoamérica, que se han traducido últimamente en muy fuertes inversiones españolas

en la región, buscan el seguro que provocaría que se generalizaran condiciones como las que el TLC (Tratado de Libre Comercio) crea en México, y no digamos las del Estado Libre Asociado de Puerto Rico. Una creciente vinculación económica de Iberoamérica con Norteamérica, vendría muy bien a España.

Simultáneamente, la Unión Europea pasa por un mal momento. El famoso Acuerdo de Lisboa, que debería conducir a una especie de fabuloso crecimiento en la tecnología comunitaria, capacitándola para competir con la de los Estados Unidos, no ha logrado nada. Incluso da la impresión de que se han ampliado las distancias. Véanse sobre esto las escalofriantes cifras y explicaciones de Cécile Denis, Kieran McMorow y Werner Röger, en su trabajo *An analysis of EU and US productivity developments (a total economy and industry level perspective)*, en *European Economy*, julio 2004. Tanto la Unión Europea como la Zona del euro tienen, con alguna rara excepción, un muy débil pulsar en el terreno científico, del que se obtiene la realidad técnica. No deja de actuar en este sentido que, según el análisis de las 500 Universidades más importantes del mundo, preparado cuantitativamente por la Universidad Jiao Tong de Shanghai, la Universidad más importante del mundo, índice 100, es Harvard, y entre las 20 más destacadas hay 17 norteamericanas, 2 británicas —Oxford y Cambridge, naturalmente—, y la de Tokio. Ni una sola de la Zona del euro.

Mas he aquí que por otro lado, los Estados Unidos ofrecen un panorama económico poco claro: sus ciudadanos gastan más que ingresos reciben; el déficit presupuestario alcanza la cifra del 4'4% del PIB; la balanza comercial tiene un déficit, en los

doce meses que concluyen en noviembre de 2004, de 653.800 millones de dólares y el déficit de la balanza por cuenta corriente es de 603.200 millones de euros en los doce meses que alcancen el último trimestre de 2003 y los tres primeros de 2004.

Todo esto crea, para Norteamérica, una situación que recuerda mucho la estudiada por Ramón Carande en su célebre trabajo *Carlos V y sus banqueros*. Los genoveses o los Fúcar de entonces, son ahora países asiáticos del Pacífico encabezados por Japón, China y Taiwán. Simultáneamente existe, como señala más de un analista, inseguridad en la Unión Europea, que se suma a esta inseguridad en los Estados Unidos que procede de su liderazgo mundial. Pero las etapas de crisis económicas, si se unen a etapas bélicas, como sucede desde el 11-S para los Estados Unidos, no parece que sean capaces de provocar concertaciones, sino más bien contiendas, y esto incluso aunque ambas realidades mundiales, la de un lado y otro del Atlántico tengan multitud de intereses comunes. Por ello la alternativa de que surja un área económica atlántica, hay que decir que por desgracia para España, posee mucho de mito, de deseo inalcanzable.